

*Institucionalización y
posdisciplinarización de las
ciencias sociales en México*

Raúl Fuentes Navarro

Las instituciones son procesos sociales que han alcanzado un grado considerable de permanencia y de legitimidad percibida. La ciencia se institucionaliza en las universidades en la forma de actividades de enseñanza e investigación. La estructura organizacional del sistema universitario adquiere su propio peso y dinámica, por ejemplo, mediante la separación entre disciplinas por motivos intelectuales, mediante la formalización de procedimientos para el reclutamiento o la asignación de recursos, mediante su dependencia de autoridades estatales o patronatos privados, entre otros aspectos. En consecuencia, aunque la estructura del mundo académico puede convertirse en un obstáculo para la innovación científica, a veces es posible que los científicos usen la dinámica social del sistema universitario para obtener apoyo y aceptación para nuevas aventuras intelectuales (Lemaine *et al.*, 1976: 17).

El presente trabajo pretende contribuir a la reflexión y a la discusión de las condiciones que enfrentan las ciencias sociales hoy, y de las posibilidades de desarrollo que concretamente presentan en México, desde una perspectiva que concibe a la ciencia como una práctica sociocultural y no como un sistema abstracto de formalizaciones del conocimiento (Pickering, 1992). Por ello se privilegia la atención a los procesos de institucionalización por encima de la configuración de paradigmas, y sobre los actores más que en las estructuras. En consecuencia, en el plano de su elaboración, el trabajo constituye más una reinterpretación sistemática de lo que diversos estudiosos han diagnosticado en este sentido en los últimos 25 años, que una expresión especulativa o voluntarista, y posee un fundamento metodológico más sociológico que epistemológico.

La exposición se divide en tres secciones: en la primera se revisan algunas aportaciones al conocimiento de la institucionalización de las prácticas de producción de conocimiento en México; en la segunda se recuperan los diagnósticos más significativos sobre la investigación en ciencias sociales en el país, y en la tercera se explora, bajo el concepto de posdisciplinarización, la emergencia de nuevas tendencias de integración de las prácticas de investigación social que pueden reconfigurar y reorientar la institucionalización del área en el futuro próximo.

La institucionalización de las prácticas de producción de conocimiento

Se parte de la premisa de la sociología del conocimiento de que las actividades de producción de conocimiento científico, como prácticas sociales especializadas, no pueden entenderse al margen de las modalidades de su institucionalización, que representa el proceso fundamental de constitución de la sociedad y que se desarrolla en forma dialéctica (Berger y Luckmann, 1968: 83-84). Las instituciones –que Berger y Luckmann definen en su acepción más amplia como “tipificaciones recíprocas de acciones habitualizadas por tipos de actores”– implican historicidad y control (1968: 77). La institucionalización impone al individuo una facticidad objetiva que ejerce autoridad sobre él: las definiciones institucionales de las situaciones resultan prioritarias sobre los significados subjetivos en la medida en que, a través del lenguaje, se constituye la legitimidad del orden institucional (Berger y Luckmann, 1968: 85-87). La dialéctica de la institucionalización gira en torno al conocimiento:

El conocimiento se encuentra en el corazón de la dialéctica fundamental de la sociedad: “programa” los canales en los que la externalización produce un mundo objetivo; objetiviza este mundo a través del lenguaje, vale decir, lo ordena en objetos que han de aprehenderse como realidad. Se internaliza de nuevo *como* verdad objetivamente válida en el curso de la socialización. El conocimiento relativo a la sociedad es pues una *realización* en el doble sentido de la palabra: como aprehensión de la realidad social objetiva y como producción continua de esta realidad (Berger y Luckmann, 1968: 89-90).

La ciencia como institución implica entonces el establecimiento socialmente legítimo de “tipificaciones de comportamiento objetivadas”, que

pueden denominarse como roles (Berger y Luckmann, 1968: 97) especializados en la producción de conocimiento científico, y que representan el orden institucional. La especialización en la producción de conocimiento y su reproducción es una consecuencia necesaria de la constitución de la sociedad y en ella se encuentra el origen de la disciplinarización:

Dada la acumulación histórica de conocimientos en una sociedad, podemos suponer que, a causa de la división del trabajo, el conocimiento de "roles" específicos aumentará en una proporción más rápida que el conocimiento de lo que es relevante y accesible en general. La multiplicación de tareas específicas que resulta de la división del trabajo requiere soluciones estandarizadas que puedan aprenderse y transmitirse fácilmente. Éstas a su vez exigen un conocimiento especializado de ciertas situaciones y de las relaciones entre medios y fines, según las cuales se definen socialmente las situaciones. En otras palabras, surgirán especialistas, cada uno de los cuales tendrá que saber lo que se considere necesario para el cumplimiento de su tarea particular (Berger y Luckmann, 1968: 102).

El conocimiento es, así, "un producto social y un factor de cambio social" especializado (Berger y Luckmann, 1968: 113-114). Por ello, el estudio de la institucionalización del campo científico exige el análisis articulado de dos dimensiones fundamentales: el proceso de su constitución social como universo simbólico específico (institucionalización cognoscitiva), y el proceso de la organización objetiva de las instituciones especializadas en su producción y reproducción (institucionalización social) que en las sociedades contemporáneas constituyen sobre todo las universidades. Uno de los más influyentes sociólogos de la educación, Burton R. Clark, toma como punto de partida para su estudio de los sistemas universitarios la hegemonía sectorial de ciertos ámbitos sociales, como la ciencia, la investigación y la educación superior que "ostentan autonomías que son inconcebibles en la escuela primaria o en la educación secundaria moderna. Funcionan con mayor libertad respecto de la familia, la comunidad, la Iglesia y, generalmente, de las autoridades públicas y del control secular locales". Para Clark, el conocimiento es también la materia prima en torno a la cual este "sector relativamente independiente en las sociedades modernas" organiza su actividad (Clark, 1992: 19).

El conocimiento avanzado moderno tiene varias características distintivas cuyos efectos se irradian a lo largo de las organizaciones académicas. En primer lugar, tiene un carácter especializado, históricamente compuesto de especialidades que se multiplican continuamente [...] La segunda propiedad fundamental de las sustancias académicas es su autonomía creciente, un continuo distanciamiento de las especialidades entre sí y respecto del conocimiento general impartido en la escuela primaria y media [...] En tercer lugar, el descubrimiento del conocimiento es una actividad abierta. Es un compromiso con lo desconocido, con lo incierto, y como tal, es difícil de sistematizar mediante las estructuras organizacionales normales erigidas aparentemente como medios racionales para alcanzar fines conocidos y definidos [...] En cuarto término, el conocimiento es portador de herencias ancestrales. Las materias vienen heredadas a lo largo del tiempo, expandiéndose y adquiriendo prestigios diferenciales (Clark, 1992: 35-39).

Si el conocimiento, así caracterizado, representa el componente esencial del sistema, se sigue la “natural ambigüedad de los fines” de las instituciones universitarias, cuyas declaraciones formales no pasan de ser mitos de integración, sin que entre objetivos y operación se entablen relaciones directas. Por el contrario:

Al evolucionar las instituciones educativas, las personas y los grupos desarrollan categorías de conocimiento, determinando así la existencia y la legitimidad de ciertos tipos de saber. También definen las categorías de individuos que tendrán el privilegio de poseer estos cuerpos de conocimiento y de ejercer la autoridad que otorga dicha propiedad (Clark, 1992: 53).

Esta apropiación del conocimiento legítimo por parte de la institución universitaria, y esta tendencia a monopolizar su producción y reproducción, son también subrayadas por Berger y Luckmann, quienes consideran a la ciencia moderna como un paso extremo del tránsito histórico de los mecanismos conceptuales de definición de la realidad para convertirse en “propiedad de las élites de especialistas cuyos cuerpos de conocimiento se alejan cada vez más del conocimiento común de la sociedad en general” (Berger y Luckmann, 1968: 144). Otros sociólogos, como Pierre Bourdieu,

también coinciden, así sea en sus propios términos: "Al analizar científicamente el mundo académico, uno toma como su objeto a una institución que ha sido legitimada socialmente para operar la objetivación que se pretende objetiva y universal" (Bourdieu, 1988: xii).

En México y demás países dependientes, sin embargo, "la investigación científica universitaria se ha enfrentado con dos circunstancias que han dificultado de diversa manera su emergencia y desarrollo. Primero, la universidad mexicana, al igual que todas las latinoamericanas, fue tradicionalmente una universidad elitista, de estructura adaptada a una sociedad pre-industrial, constituida por facultades profesionales y carente de tradición científica. Segundo, la universidad mexicana ha debido desempeñar importantes funciones extra-académicas de tipo social y político", como hace ya más de 20 años hacía notar Larissa Adler-Lomnitz (Lomnitz, 1976: 13), en el que se consideró el "primer acercamiento público de las diferentes partes del medio científico mexicano", un simposio sobre la ciencia en México organizado por la Dirección General de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en marzo de 1974 (Cañedo y Estrada, 1976).

En varios de los textos de este simposio hacen irrupción elementos de interés descriptivo y analítico actuales, a pesar de haber sido expresados hace más de dos décadas, tal como el que el investigador mexicano haya debido desarrollarse en un ambiente académico poco propicio, donde se consideraba que la educación superior formal "representaba no solamente una cierta pérdida de tiempo y de talento, sino una deformación de su actitud mental debido a la falta de orientación experimental y a la educación autoritaria impartida desde su niñez" (Lomnitz, 1976: 13).

Tomando como hipótesis bases como esas, Larissa Adler-Lomnitz emprendió un estudio con Jacqueline Fortes que le tomaría seis años en completar y 17 (!) en publicar y que diera origen a *La formación del científico en México: adquiriendo una nueva identidad*. Se trata de un trabajo que adoptó dos enfoques disciplinarios —el de la antropología social y el de la psicología— y que fijó como su propósito "hacer una contribución a la sociología de la ciencia en América Latina, y más concretamente estudiar el problema de la formación de científicos en los países periféricos, a través de un análisis de caso". Mediante un seguimiento cualitativo, basado en entrevistas abiertas y en la observación participante de las tres primeras generaciones de la licenciatura en investigación biomédica básica de la

UNAM, las investigadoras realizaron un análisis muy detallado de la ideología y la socialización de los nuevos científicos

[...] dentro del marco del desarrollo histórico de la ciencia en México y del contexto cultural e institucional en que tiene lugar [...] y en el que] la transmisión de la ideología científica (o su *ethos*) constituye el eslabón clave en la formación del investigador. Conocimientos y técnicas son condiciones necesarias pero no suficientes en la formación del científico. Los aspectos ideológicos, o sea el conjunto de creencias y valores, ocupan un lugar predominante (Fortes y Lomnitz, 1991: 12).

El estudio en cuestión aportó elementos importantes para el análisis de la institucionalización de las actividades científicas en México, al menos en tres dimensiones: el planteamiento teórico-metodológico, complejo e interdisciplinario, para dar cuenta del proceso de adquisición de una identidad científica; la información que generó sobre su objeto y su contexto, en términos del contraste de las condiciones imperantes en los países centrales y en los latinoamericanos; y su énfasis en los factores ideológicos propios de los científicos.

En aquel simposio de 1974, Luis Cañedo (1976) reprodujo los datos aportados por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) sobre el "número de investigadores por áreas de la ciencia y grados académicos" que constituía el cuerpo científico mexicano en 1971: un total de 3,187 personas, de las cuales 70% contaba sólo con licenciatura. Estos datos, comparados con los de años recientes, resultan útiles para apreciar el crecimiento y la profesionalización de los científicos en el país: en la actualidad el Sistema Nacional de Investigadores (SNI) cuenta con 6,356 miembros, más de 70% de ellos con doctorado. Sin embargo, el incremento y la proporción de investigadores en relación con el total de los académicos resultan relativamente reducidos: entre 1970 y 1990 la planta académica en las universidades mexicanas pasó de aproximadamente 20 mil a más de 100 mil (Casillas y Garay, 1992), así como el número de estudiantes se incrementó de 284 mil a un millón 300 mil (Guevara *et al.*, 1992).

Estos procesos de crecimiento han dado origen a investigaciones de diversos tipos. En sociología de la ciencia quizá la línea de más larga trayectoria en México sea la desarrollada desde fines de los años sesenta

en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM con María Luisa Rodríguez-Sala de Gómezgil a la cabeza del proyecto general denominado "El perfil del científico y de la actividad científica en México".

Una característica general de cada uno de los productos publicados por Rodríguez-Sala lo representa la importancia que ha concedido en sus estudios a la comunicación, en dos sentidos: como un factor constitutivo de la dinámica de la actividad científica, y como un elemento central de la relación de ésta con la sociedad y con la cultura, en términos tanto individuales como institucionales.

Así, desde 1968, buscó "determinar la imagen que tienen en México los estudiantes de enseñanza media sobre la ciencia y el científico". Con la técnica del diferenciador semántico entre adolescentes de cinco ciudades del país, encontró los atributos que representaban, en orden progresivo descendente, al científico en esa población: posee buena memoria; es organizado, activo, creador, con cultura general, constante; posee destreza manual; es analítico, atento, paciente, perceptivo, tranquilo, adaptable en sus hábitos, optimista, sociable, cuidadoso en su arreglo personal, comunicativo (Rodríguez-Sala, 1974: 758).¹ Se desconoce qué tanto correspondía esa imagen con la representación que los propios científicos se hacían de sí mismos.

En los años recientes, el proyecto general no sólo adoptó nuevos enfoques y técnicas interdisciplinarias sino que "se ampliaron los universos de estudio por cubrir, de la zona tradicional del centro del país en que se desarrolla el trabajo científico a la zona fronteriza del norte de México". En aprovechamiento de la sociolingüística en la coordenada de la comunicación científico-técnica, el estudio enfocó el comportamiento comunicativo de los hombres de ciencia y el lenguaje científico en su aspecto terminológico (Rodríguez-Sala, 1990: 7-8). A través, precisamente, del análisis de las opiniones de los científicos, el informe titulado *Científicos y*

1. El informe definitivo de esta investigación fue publicado en 1977 y se relaciona en forma estrecha con otros estudios de Rodríguez-Sala, como el que diera origen a *La comunicación y difusión de la actividad científica en México* (Rodríguez-Sala, 1980). Dos informes más, *El científico como productor y comunicador: el caso de México* (en colaboración con Aurora Tovar, 1982) y *El científico en México: su formación en el extranjero, su incorporación y adecuación al sistema ocupacional mexicano* (con Adrián Chavero González, 1982), aportan nuevos elementos de conocimiento empírico sobre la producción científica y la profesionalización de los investigadores, en especial los becarios para estudios de posgrado en el extranjero.

actividad científica en la zona fronteriza del norte de México. Algunos aspectos de su institucionalización, divide los resultados en referencia a “la institucionalización objetiva en lo social” y a “la institucionalización objetiva en lo social y en lo cognoscitivo”.² El análisis que se realizara sobre ese esquema refleja la situación precaria de la investigación científica en la frontera norte, pero con rasgos que fundamentan, en lo general, una conclusión optimista:

Si bien los diferentes niveles de institucionalización que se han logrado en las zonas fronterizas pueden estar fuertemente amenazados por un inminente deterioro y una cierta involución debida a la crisis general del país, también es cierto y probable que los miembros activos y auténticamente científicos del subsistema fronterizo están a la búsqueda de nuevas modalidades y formas de participación que permitan rescatar e impulsar –aun contra la voluntad política imperante– sus propias instituciones y sus respectivos campos de trabajo y, con ello, primero mantener, y después hacer avanzar, los niveles de institucionalización, objetivos-formales y cognoscitivos de las disciplinas (Rodríguez-Sala, 1990: 93).³

La más reciente de las publicaciones de Rodríguez-Sala que se revisara para la realización de este trabajo, puede considerarse como una síntesis actualizada de sus múltiples estudios, de gran utilidad por la claridad y extensión de los aspectos analizados y la riqueza de sus datos estadísticos. Se titula

-
2. Rodríguez-Sala entiende por institucionalización “el compartir, entre los científicos, –ocupados en un campo– un enfoque común de los objetivos, metas y métodos de ese campo específico, que es precisamente lo que lo distingue de otras áreas de la ciencia”. Esta institucionalización comprende dos aspectos o procesos paralelos: la institucionalización social y la cognoscitiva, ninguno de los cuales debe ignorarse. Pueden distinguirse dos fases de institucionalización: la primaria o inicial, cuando se observan: delimitación del campo de estudio; localización de un grupo de científicos; comunicación entre ellos, y membresía a asociaciones u organizaciones académico profesionales. En una fase más elevada se analiza el nivel de desarrollo y acreditación de: comunidades científicas; publicaciones periódicas, y normas éticas. Se consideran como elementos auxiliares en el análisis de la institucionalización, la profesionalización y las normas y valores (Rodríguez-Sala, 1990: 37-38).
 3. Este énfasis en las actitudes y actividades organizadas por los científicos también lo subraya Rodríguez-Sala en el ensayo “Aspectos psicosociolingüísticos de la comunicación en la ciencia” (1988) y en otros trabajos de carácter sociolingüístico realizados en colaboración con Regina Jiménez y Georgina Paulín.

“Recursos humanos en investigación científico-tecnológica y docencia: su relación centro-periferia y su dinámica de recomposición nacional, 1980-1991” (Rodríguez-Sala, 1992) y se encuentra incluida en el libro *México: ciencia y tecnología*, coeditado por la UNAM y el Instituto Politécnico Nacional (IPN) (Chavero *et al.*, 1992). Entre las conclusiones ahí descritas cabe destacar que, aunque más de 60% de la ciencia mexicana sigue produciéndose en el Distrito Federal y más de 75% en el centro del país, y

A pesar de la situación periférica que prevalece en las regiones, las cifras señalan ya hacia la presencia de un potencial humano que podría pronosticar una evolución en el nivel de institucionalización en sus dos vertientes. En la cognoscitiva, con el surgimiento de nuevas disciplinas y subdisciplinas; en la profesional-organizativa, especialmente en sus aspectos macro y microsociológicos, al posibilitar por un lado una auténtica relación del sistema de ciencia y tecnología con la sociedad total, y por el otro contar internamente con las condiciones para el estudio de las relaciones de cada subsistema o de los colectivos científicos regionales, y lo que es más importante, con elementos para la determinación de las relaciones sociológicas en el marco de la actividad científica que desempeñan los miembros de esos colectivos y subsistemas en sus diversas vinculaciones con sectores sociales locales, regionales, nacionales e internacionales (Rodríguez-Sala, 1992: 190).

Por otra parte, el Centro de Estudios sobre la Universidad (CESU) de la UNAM ha generado, tal como cabría esperarse por su sola denominación, una gran cantidad de estudios —conceptuales, documentales y empíricos— sobre el sistema de la educación superior y la investigación científica, aunque obviamente haya puesto énfasis en los análisis de la propia UNAM. En particular, Teresa Pacheco Méndez ha desarrollado durante los últimos años un proyecto amplio de “análisis de las mediaciones sociales y culturales que intervienen en los procesos de producción de la ciencia en el caso concreto de México”. En forma reiterada, Pacheco ha señalado que

[...] las investigaciones sobre el papel social de la ciencia y de los científicos en la sociedad son escasas y la mayoría se apoya en material de tipo empírico; otras, realizadas en el marco de la UNAM principalmente, han quedado como productos de intereses aislados y han contado con una limitada difusión. Sin embargo, la relevancia de estos

trabajos cobra especial importancia para la investigación científica nacional en la medida que la actual coyuntura de crisis económica exige la revisión y replanteamiento de los patrones y modelos de trabajo científico practicados (Pacheco, 1990: 9).

Con un afán, quizá, de compensar la predominancia –dentro de la escasez general– de estudios apoyados “en material de tipo empírico”, Pacheco publicó al menos tres trabajos de corte conceptual. El primero de ellos, “La institucionalización de la investigación científica” (Pacheco, 1987: 45) sigue los tres aspectos del análisis descrito por Joseph Ben-David:

- El antecedente histórico de la investigación como actividad institucionalizada.
- Las modalidades de institucionalización y profesionalización de la actividad científica.
- Las repercusiones socioculturales de cada modelo universitario de investigación en la formación de investigadores.

Revisa, sobre esos ejes, los casos de la institucionalización de la ciencia en Inglaterra, Francia, Alemania y Estados Unidos, para después pasar al así llamado “modelo latinoamericano”. A partir de Graciarena y Darcy Ribeiro, entre otros, Pacheco reconstruye el proceso de institucionalización de la ciencia en las universidades latinoamericanas, explicable más por su funcionalidad político-social que por la conciencia real de la necesidad del desarrollo científico, tomando en consideración las opciones adoptadas en las universidades sobre los dilemas humanismo-practicismo, científicis-mo-profesionalismo y elitismo-masificación, entre otros. En suma, la actividad de investigación en América Latina se inserta en el marco de las estructuras sociales no como una actividad ya existente que se institucionaliza sino como una función que tiene su origen en una demanda política de orden más bien social que económico-estructural. Esto explica en parte la ausencia hoy día de sectores especializados en determinados campos científicos (Pacheco, 1987: 51).

Finalmente, Pacheco revisa “el modelo universitario mexicano” desde su origen en 1551. En el siglo XX resultan determinantes los proyectos de Justo Sierra, quien reincorpora la ciencia al ámbito universitario, y el de José Vasconcelos, quien “propuso y dirigió las actividades humanísticas en el ambiente educativo [...] contraponiéndose de esta manera a la

corriente positivista prevaeciente” (Pacheco, 1987: 53). Gracias a ello, en México persistió el ingrediente humanista en la universidad a la par que la tendencia profesionalizante importada, tal como sucedía con la mayor parte de los países latinoamericanos, de los modelos universitarios alemán y francés. Revisa, de igual forma, los nexos establecidos a partir de los años treinta entre la universidad y el desarrollo nacional, de tal manera que

[...] la formación de profesionales y la posibilidad de realización de la investigación en la universidad, estuvieron condicionadas por una diversidad de elementos culturales que han contribuido a mantenerlos distantes de los requerimientos sociales y científicos nacionales (Pacheco, 1987: 54).

En otro artículo, publicado en 1988, la autora continúa con el análisis histórico de la actividad científica en el país, aunque en esta ocasión abordando “El discurso como instrumento de la política científica en México”. La tesis que en él sostiene afirma que

[...] la actividad científica nacional cobra importancia en el plano del discurso político gubernamental, por la función social y económica que históricamente le ha sido adjudicada. A partir de los años posteriores a la segunda guerra mundial se definen el “desarrollo”, la “formación de recursos” y la “investigación” como tópicos estructurantes del discurso científico y tecnológico. No obstante, dichos tópicos aparecen en el discurso y en las acciones gubernamentales previas y posteriores a este periodo, adoptando rasgos particulares de acuerdo con las características de la coyuntura correspondiente (Pacheco, 1988: 35).

El artículo revisa en detalle la historia de las relaciones universidad-Estado, desde el positivismo y la revolución hasta la formalización del Sistema Nacional de Investigadores, y concluye con un diagnóstico muy preciso de la situación actual.

Un tercer artículo de Teresa Pacheco tiene por objeto la exposición de “Algunos elementos conceptuales para el estudio del campo científico en México”, y parte de la convicción de que “la sociología y la antropología, en su respectiva vertiente sociocultural, ofrecen interesantes posibilidades de análisis que hasta el momento han sido poco frecuentadas por los

científicos sociales, principalmente en América Latina” (Pacheco, 1990: 9). El artículo concluye con la especificación de los “elementos teóricos para el estudio de la institucionalización de la actividad científica”, a partir de los cuales Pacheco puede afirmar que

[...] la actividad científica se encuentra sujeta a un doble sistema de relaciones: por un lado, al ordenamiento social e institucional que da lugar a formas particulares de representación sobre el papel de la ciencia y del trabajo científico, y por otro, a la gama de procedimientos y convenciones que norman la interacción y el intercambio más idóneo entre procesos y productos científicos (Pacheco, 1990: 22).

En 1994, Teresa Pacheco publicó *La organización de la actividad científica en la UNAM*. Un análisis sociocultural, donde sintetiza el entramado teórico-metodológico construido para el estudio de la relación cultura-ciencia-educación, y expone los resultados de su investigación empírica.

El objetivo de la investigación a que se hace alusión era identificar los aspectos socioculturales presentes en la actual organización de la actividad científica en el contexto de la universidad mexicana. Para el logro de tal objetivo se abordó, por un lado, la problemática de la profesionalización de la universidad, de la formación profesional y de la investigación; por otro lado, se identificó la diversidad de procesos, preceptos y acciones que definen el desarrollo de la actividad científica en el contexto de su institucionalización en la universidad. El recurso metodológico del análisis de las representaciones sociales permite la exploración sobre el terreno de lo social tomando como punto de partida la dimensión simbólica y/o socio-cultural de la sociedad. Por representación social se entiende todo aquel conjunto de manifestaciones simbólicas que los sujetos/actores producen en torno a su actividad social; en esas manifestaciones quedan plasmados elementos de la vida personal, de la normatividad y de la institucionalización de espacios de intervención social (Pacheco, 1994: 10).

De entre las conclusiones del estudio de Pacheco cabe recuperar dos: una que tiene que ver con la adopción de un enfoque sociocultural (en contraposición a un empirismo sociológico que sólo considera factores político-económicos):

La ciencia y la actividad científica como producto cultural y como proceso social respectivamente, representan un componente sustan-

cial en la constitución de formas de organización social e institucional de la actividad de investigación en el caso de la universidad mexicana. A tales formas corresponden no sólo sistemas de relación social particulares sino también un conjunto de valores que, para alcanzar su amplio reconocimiento y legitimación, se formalizan a través del intercambio y la interacción entre los actores sociales que forman parte de tal proceso (Pacheco, 1994: 144).

Otra conclusión digna de mencionarse es de orden coyuntural y político, donde la investigación sobre la institucionalización de la actividad científica cobra un sentido práctico:

Es necesario definir a corto plazo el sentido que deba asumir la ciencia, y por ende la actividad científica, en el contexto de la modernización, así como la necesidad de revisar los patrones que tradicionalmente han contribuido de manera definitiva para la constitución de la identidad social de la ciencia en México, del científico y del investigador adscrito a instituciones educativas. La universidad y su necesaria redefinición de funciones básicas demanda de reconocimiento explícito, así como de una definición de su papel como espacio productor de significaciones acerca del quehacer profesional y científico. Sólo así será posible distinguir y deslindar las finalidades de ambos oficios no sólo en el plano de los grupos universitarios sino fundamentalmente en la sociedad y las instituciones que les dan estructura formal (Pacheco, 1994: 144-145).

Otros investigadores mexicanos de los campos científicos y académicos y de las instituciones universitarias han articulado sus trabajos con preocupaciones análogas a las aquí descritas, durante los últimos años, precisamente en razón de los cambios inducidos en las políticas nacionales para la educación superior. El conocimiento (o reconocimiento) de las condiciones estructurales del sector universitario ha suscitado un interés que en las décadas pasadas no se percibía en el país. Por ello, esta revisión de las aportaciones acerca de los campos científicos y académicos en México no puede dejar de atender el trabajo de un grupo de sociólogos que, desde una perspectiva teórico-metodológica distinta a las de Adler-Lomnitz, Rodríguez-Sala y Pacheco, pero con un propósito similar, contribuye también de manera importante a la fundamentación de este trabajo.

En octubre de 1990 se formalizó institucionalmente la constitución del Área de Sociología de las Universidades en el Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) Azcapotzalco, a partir de un grupo de investigadores que había venido trabajando en forma intensa desde 1987, en colaboración con personal del Departamento de Investigación Educativa del Centro de Investigaciones y Estudios Avanzados (DIE-CINVESTAV) del Instituto Politécnico Nacional y de la Universidad Iberoamericana sobre todo, la problemática del trabajo, el personal y el mercado académicos. Este grupo, caracterizado por su trabajo colectivo, impulsó en 1988 la publicación de la revista *Universidad Futura*. En un artículo firmado por Lilia Pérez Franco, Rocío Grediaga Kuri, Manuel Gil Antón, Miguel Casillas Alvarado, Adrián de Garay Sánchez y Cristina Pizzonia Barrionuevo (1991), titulado "Los académicos de las universidades mexicanas. Contexto, discusión conceptual y dimensiones relevantes para la investigación", el grupo explicita su proyecto:

Si detenemos un momento la atención en la velocidad de constitución del cuerpo académico de nuestras universidades, y antes de pasar a considerar las vetas de diversidad en que ocurrió, podemos exponer dos conjeturas generales:

a) la celeridad en su conformación implicó probablemente un relajamiento general de las normas de ingreso a la condición de profesor universitario y esto condujo a una situación de falta de competitividad en los procesos de ingreso, sobre todo en el subperiodo que va de 1970 a 1985. En términos generales parece haber operado un esquema de mayor cantidad de puestos que personas disponibles. No olvidemos que en esos 15 años se incorporaron 70, 733 puestos nuevos: 68% de las plazas actuales.

b) por la razón anteriormente expuesta, es probable una situación de fragilidad disciplinaria en un gran conjunto de los nuevos académicos. Los plazos necesarios para la consolidación del saber disciplinario específico no pudieron ser cumplidos dada la celeridad en que se abandonaba la condición de estudiante para pasar a la de profesor. Esta fragilidad disciplinaria se acompaña de otra: la de las destrezas para la transmisión del conocimiento (Pérez Franco *et al.*, 1991: 328).

En cuanto a los "conceptos en discusión" que el grupo adoptó para el estudio de estos problemas, destacan los aportados por José Joaquín

Brunner (1987) a propósito del tránsito de la universidad tradicional a la moderna. Resultan fundamentales los conceptos de “mercado académico” y “profesión académica”, puesto que

El *ethos* de los miembros de la profesión académica se dirime entre una identificación con el campo disciplinario específico y las tareas que realizan como universitarios dentro de un establecimiento particular. Se ve entonces afectado tanto por la disciplina como por las características de los distintos establecimientos y sus peculiares formas de organización de las actividades académicas fundamentales. Por ello, su situación es fundamentalmente distinta de la de cualquier otra profesión, en tanto su característica central es la heterogeneidad disciplinaria, antes que la integración alrededor de normas, valores y actitudes que se presenta en otras profesiones, cuya particularidad central es la homogeneidad disciplinaria, a pesar de la posibilidad de múltiples especializaciones dentro de ellas. Aquí cabe hacerse la pregunta respecto a cuáles son, si existen, las normas, valores y actitudes compartidas que se derivan del carácter mismo de la academia, y cuáles son las que los diferencian en función del desarrollo y perspectiva disciplinaria (Pérez Franco *et al.*, 1991: 339).

Con base en lo señalado por José Joaquín Brunner, Burton Clark y por otros, los miembros de este grupo han trabajado sobre hipótesis generales como la siguiente:

El desarrollo de las disciplinas a través de la investigación, como articulador de los subconjuntos de especialistas, dentro del ámbito universitario, fue débil en la constitución de nuestras instituciones educativas de nivel superior. El énfasis en la necesidad de atender la demanda de formación de profesionales por medio de la docencia, descuidó a las actividades de investigación [...] Frente a la expansión de la demanda de educación superior y la carencia de recursos humanos suficientes para abrirla, la competencia no parece ser el mecanismo de acceso a los puestos académicos. En algún sentido se puede considerar que la expansión del mercado impidió que se diera una sólida formación disciplinaria, ya que propició la incorporación temprana de profesionistas aún sin terminar sus procesos de formación,

provocando un mayor peso de la identificación con el establecimiento que con la disciplina (Pérez Franco *et al.*, 1991: 341-342).⁴

En 1992, el grupo publicó *Académicos, un botón de muestra* (Gil Antón *et al.*, 1992), libro que incluye tres trabajos unidos por el propósito de “exponer una estrategia de investigación y sus resultados”, pero de muy diversa naturaleza. El primero es un ensayo de Casillas y Garay (1992) en que se interpretan los fenómenos que se asocian con la acelerada expansión de la educación superior entre 1960 y 1990 como “contexto de la constitución del cuerpo académico” a escala nacional. Después se presentan los resultados de un análisis del “acceso y transcurso” de los académicos del Departamento de Sociología de la UAM-Azcapotzalco entre 1974 y 1989, firmado por los seis coautores (Gil Antón, Garay, Grediaga, Pérez Franco, Casillas y Rondero) y, por último, se incluye un texto de Lilia Pérez Franco (1992) que expone “una propuesta de aproximación al estudio de los académicos desde un enfoque sociológico y en una perspectiva comparativa”, que adopta la tipología como modelo conceptual:

El desarrollo de la carrera académica como proceso se organiza a través de normas que prescriben protocolos y mecanismos de admisión, jerarquización y evaluación. Estos mecanismos están en relación con los campos del conocimiento que dan contenido a la actividad propiamente académica y con las estructuras organizativas de los establecimientos donde se realizan dichas actividades. A lo largo del desarrollo de la profesión académica podemos ubicar cuatro momentos típicos, que nos pueden dar cuenta de la variedad de modalidades del desarrollo de la actividad y de las identidades académicas: incorporación, iniciación, trayectoria y situación actual (Gil Antón *et al.*, 1992: 190).

A principios de 1991, el grupo convocó a la formación de un Equipo Interinstitucional de Investigadores sobre los Académicos Mexicanos, integrado por personal de 11 universidades, para la elaboración de un proyecto titulado “Estudio comparativo de la génesis, evolución y situación actual del cuerpo académico en las instituciones de educación superior en

4. Trabajos análogos donde los investigadores del grupo exponen tanto sus marcos conceptuales como sus informes empíricos son los de Gil Antón: (1989, 1990, 1991), Grediaga (1990), Kent (1991) y Garay (1992).

México”, cuyo primer producto fue publicado en 1994 como *Los rasgos de la diversidad. Un estudio sobre los académicos mexicanos*, nuevamente bajo autoría colectiva (Gil Antón *et al.*, 1994). Esta condición de empresa colegiada y el objetivo explícito de avanzar mediante el estudio en la formación de los propios investigadores, “asociando en esta empresa de conocimiento no sólo nuestros saberes y habilidades sino el compromiso de compartirlos a través de una organización del trabajo que lo favoreciera” (Gil Antón *et al.*, 1994: 17), califican al proceso y su producto como una experiencia innovadora y fértil.

El libro está dividido en dos partes. La primera, “Origen y desarrollo del cuerpo académico”, expone los resultados obtenidos “en el esfuerzo por reconstruir los procesos de incorporación, iniciación y trayectoria académica que conducen a la situación” del cuerpo académico nacional en 1992. La segunda, “Los rasgos de la diversidad”, realiza una primera exploración de los diversos tipos de vinculación con la actividad académica, del impacto de los diferentes campos del conocimiento en las fases de la vida académica, y de “la manera en que este oficio se ve modulado por la cuestión del género” (Gil Antón *et al.*, 1994: 16-17). El libro termina en forma significativa con un “Saldo provisional y agenda futura para la investigación”, que reconoce el carácter autorreflexivo del trabajo. A manera de conclusión, el equipo aporta evidencias para sostener la conjetura general de que la afiliación disciplinaria “es un elemento crucial en la comprensión de los cuerpos académicos”, hipótesis basada en Clark (1992): a la carrera académica la cruzan las tendencias provenientes de los establecimientos y las que derivan del desarrollo de las disciplinas.

Nosotros añadimos que la tensión derivada de esta situación particular del oficio académico es variable a lo largo del tiempo y resulta impactada por las orientaciones generales que conducen a los sistemas de educación superior [...] La diversidad ha sido regulada por la diferenciación institucional, la variedad de referentes disciplinarios y sus consecuencias en las alternativas de vinculación con las actividades académicas (Gil Antón *et al.*, 1994: 234).

Como un estudio a propósito de los académicos en el sistema mexicano de educación superior, *Los rasgos de la diversidad* proporciona elementos de conocimiento muy importantes, que aunque poco tienen que ver directamente con las actividades y estructuras institucionales de investiga-

ción y de posgrado (metodológicamente excluidas de la muestra), aportan puntos de partida muy aprovechables para lo que los mismos autores sugieren en su "saldo provisional": continuar y profundizar la exploración sistemática de las determinaciones y consecuencias de la diversidad detectada, mediante estudios específicamente enfocados sobre la constitución histórica de los cuerpos académicos por disciplinas y áreas, y por regiones geográficas en el país.

En síntesis, la bibliografía sobre la institucionalización de las prácticas de producción de conocimiento es amplísima y, como podría esperarse, los enfoques cada vez más diversos. Distintas tradiciones en la teoría filosófica, la sociología, la antropología y la historia del conocimiento científico, y en lo que podría denominarse como sociología de las prácticas científicas, constituyen desde hace más de tres décadas un campo de debate multidisciplinario inabarcable en pocas páginas, pero cuya importancia se incrementa en términos de la indispensable reflexividad del conocimiento que nos impone el pensar las ciencias sociales hoy para el reconocimiento de sus perspectivas científicas, sociales y prácticas.

Diagnósticos sobre la investigación mexicana en ciencias sociales

La necesidad de contar con un recuento nacional y una panorámica consistente sobre el nivel de desarrollo de las ciencias con sus problemas y logros, ha representado una constante en México en el último cuarto de siglo. Sin embargo, las dificultades para la elaboración de diagnósticos han sido siempre grandes, aunque los resultados resultan útiles no sólo para apoyar la toma de decisiones sino también para la fundamentación de algunos proyectos de desarrollo. Es probable que la primera base de estos diagnósticos generales la represente la elaborada por María Luisa Rodríguez-Sala en 1970: *Las instituciones de investigación científica en México (inventario de su estado actual)*, fase inicial del proyecto sobre "El perfil del científico y de la actividad científica", ya revisado.

En la presente sección se presta atención a algunos estudios sobre las ciencias sociales mexicanas, que han diagnosticado, de diversas maneras, el estado actual de algunas disciplinas de esta área en las últimas dos décadas.

El primero de ellos fue publicado por El Colegio de México en 1979 bajo el título *Ciencias sociales en México, desarrollo y perspectiva* (Meyer et al.,

1979) e incluye ocho trabajos sobre la ciencia política, la investigación sociológica, la historiografía, los estudios sobre población, la antropología, la investigación sobre desarrollo urbano, la interpretación del desarrollo económico y dos áreas de la investigación económica. Seis de estos trabajos elaboran, de diversos modos, una visión histórica y estructural de las respectivas disciplinas, en especial sus procesos de institucionalización, corrientes teórico metodológicas y las aportaciones individuales más relevantes en México. Los dos últimos son parte de un intento mucho más ambicioso de aplicación al campo de la economía. Aunque no se precisa el proyecto global que pudiera explicar al menos la selección de los campos y los analistas de cada uno de ellos, puede suponerse que dentro del concepto "ciencias sociales" El Colegio de México incluía, a fines de los setenta, precisamente a esas disciplinas (ciencia política, sociología, historiografía, demografía, antropología, desarrollo urbano y economía) y no a otras, quizá catalogadas como "humanidades" (lingüística, educación, etcétera).

Algo similar sucede con el libro publicado a partir del seminario *El desarrollo de las ciencias sociales y los estudios de posgrado en México* (Benítez y Silva, 1984), celebrado en Jalapa en octubre de 1980, organizado por la Universidad Veracruzana y el Consejo Mexicano de Ciencias Sociales (COMECOSO). En este caso los trabajos se encuentran orientados en forma doble hacia el análisis de las disciplinas y de los posgrados, aunque el contenido de la expresión "ciencias sociales" coincide casi con exactitud con el del estudio de El Colegio de México antes mencionado. En 15 textos, así como en los comentarios recuperados en el libro, y en los 20 programas y planes de estudio de posgrado en México y América Latina que se anexan, prevalece un énfasis en la problemática de las disciplinas como tales, es decir, como saberes enseñables en los posgrados. No obstante la persistencia estructural de la mayor parte de los problemas discutidos, la obra mantiene un carácter coyuntural y resulta interesante sólo como tal.

Por otra parte, en 1987, el COMECOSO y el CONACYT publicaron *Las ciencias sociales en México* (con su anexo, "Proyectos de las ciencias sociales en México"), producto de un análisis dirigido por Raúl Benítez Zenteno sobre la información arrojada por la "Encuesta nacional sobre la investigación en ciencias sociales y humanidades", que se levantara en 1984. Por su naturaleza eminentemente empírica y por los grandes recursos dedicados al proyecto, esta investigación ofrece una enorme cantidad de datos

sistematizados y analizados sobre la investigación en ciencias sociales en México. Resaltan, de entrada, algunos problemas metodológicos que son muy elocuentes en sí mismos con respecto al "estado de la cuestión":

Una buena parte de la información que es de interés para las disciplinas de otras áreas, presenta problemas de comparabilidad, en la medida en que el carácter y objetivos de las ciencias sociales y las humanidades, fundamentalmente su objeto de estudio, no permiten el poder encuadrarlas en estricto sentido en algunos de los conceptos básicos que orientan la investigación. Por ejemplo, no puede hablarse en historia de "desarrollo experimental"; y la investigación "básica" o "aplicada" tiende a considerarse de manera distinta al de otras ciencias en donde el quehacer científico se define precisamente a través de tales conceptos. Otro ejemplo: ¿en cuál de los conceptos mencionados puede clasificarse la investigación sobre poética?

[...] Otro de los problemas que limitan la comparabilidad [...] es lo que se entiende por proyecto. Para algunas disciplinas el proyecto se identifica con un artículo o alguna ponencia presentada en un congreso o seminario. Esto es muy evidente en los casos de derecho e historia. Desde luego que también se entiende por proyecto una temática de estudio de la cual surgen libros, artículos, conferencias, etc. Esta posición sobresale en los casos de economía y sociología. Las diferencias se vuelven mayores cuando el proyecto de investigación se lleva a cabo en áreas que forman parte de la acción cotidiana del sector público. En el caso del proyecto de investigación en educación, se trata en buena proporción de proyectos asociados a la pedagogía, en términos de adecuación de sistemas de enseñanza, revisión del contenido de materiales, etcétera, más que investigación sobre problemas educativos o de la participación de diversos sectores o agentes que intervienen en el proceso educativo. También se da, para todas las disciplinas, el anteproyecto o planteamientos preliminares para abordar cierta problemática, los cuales quedan inscritos por los investigadores o los centros como proyectos. Esto se hace evidente con la sola lectura de algunos títulos (Benítez, 1987: 10).

A pesar de todo, la investigación se centró finalmente en 390 centros o institutos, 2,498 proyectos en proceso y 618 concluidos durante 1983

(todos los cuales están catalogados en *Proyectos...*) y en 3,532 investigadores. Acerca de las disciplinas que se practican Benítez señala que

[...] uno de los aspectos sobresalientes de la investigación en ciencias sociales y humanísticas es su carácter multidisciplinario, aunque los centros e institutos se identifiquen a partir de una disciplina que establece la práctica que los relaciona con el ámbito de la docencia, con otros centros, con congresos especializados o conferencias y sobre todo con una temática de estudio y la manera particular de abordarla de acuerdo con las orientaciones teóricas, metodológicas y técnicas particulares, mismas que constituyen el punto de partida para la relación con otras prácticas científicas o técnicas (Benítez, 1987: 14).

A través de esta información sobre los centros, puede analizarse el proceso de institucionalización de las disciplinas en términos homogéneos, y lo mismo puede decirse con respecto a la profesionalización de los investigadores. Benítez apunta algunas líneas básicas:

Los centros académicos en los que predominan maestros y doctores se concentran en la ciudad de México y cuentan con 72.4% de los investigadores que tienen ese nivel de formación [...] En el caso del conjunto de entidades federativas, sin contar a la ciudad de México, existe sólo 18.5% de los investigadores en centros académicos en los que predominan maestros y doctores, lo que nos habla también de insuficiencia considerable y de muy limitada formación. Si se considera este sector académico de provincia se hace más evidente aún la necesidad de darle el máximo apoyo posible. Aquí se cuenta con 24% de los investigadores, de los cuales 35.9% está en centros donde predominan maestros y doctores, 34% en centros en donde sólo se cuenta con una proporción reducida y 30.1% está en centros integrados sólo por pasantes de licenciatura o licenciados. Es decir, se está frente a una insuficiencia sustancial para realizar investigación científica.

[...] En general, los centros de muy reciente creación no incorporan entre su personal de investigación una presencia predominante de maestros y doctores. Ésta empieza a ser sensible sólo a partir de una antigüedad entre 5 y 9 años y considerable a partir de los diez años dentro del sector académico de la ciudad de México. No se hace evidente una tendencia a crear nuevos centros con un nivel académico

adecuado de sus investigadores. Este aspecto resulta de capital importancia en la medida en que lo que se ha apoyado es la creación de centros, independientemente de la capacitación idónea para el cumplimiento de las tareas que van a emprender. Sin duda estamos frente a una situación contradictoria e inconveniente sobre todo si se desea que en provincia se fortalezca la capacidad de investigación científica (Benítez, 1987: 46).

Algunos de los elementos de diagnóstico más significativos que se extraen del análisis con respecto a los investigadores son los siguientes:

La impresión general que subyace es el de un conjunto de investigadores con preparación bien insuficiente. No es aceptable que la mitad de los responsables de proyectos de investigación tengan sólo estudios de licenciatura [...] Estos resultados muestran una estructura institucional de la investigación científica en ciencias sociales con grandes deficiencias estructurales, o vicios que se han acumulado, de tal magnitud, que se constituyen en un lastre difícil de eliminar y una de las más grandes barreras al desarrollo de la investigación científica. De allí que la formación de recursos humanos al nivel de posgrado es una de las tareas de mayor prioridad [...] La experiencia de las instituciones de posgrado existentes en el país, en donde se cuenta con la experiencia de centros regionales de importancia y elevado nivel académico, así como el conjunto de aquellos investigadores que realizaron estudios en Europa y los Estados Unidos, permite afirmar que es posible llevar a cabo programas para la formación de recursos humanos en niveles de excelencia, siempre que prevalezca el intercambio de experiencias y se supere la miopía de buena parte de nuestras universidades, sobre todo las de provincia, en donde aún no prevalece la noción de que la Universidad no es tal si carece de investigación científica (Benítez, 1987: 52 y 54).

El interés principal de este estudio, el diagnóstico más completo y detallado que se haya realizado en México sobre la investigación en ciencias sociales, es su carácter programático, es decir, que apunta a los factores sobre los que habría que intervenir para la transformación de las condiciones imperantes. No puede olvidarse que la época en que fue levantada la encuesta, 1984, marca el momento más agudo de la crisis nacional y es

el año, también, en que fue instituido el Sistema Nacional de Investigadores. A propósito, habría que señalar que el Área III del SNI, que agrupa a los investigadores en ciencias sociales y humanidades es, con mucho, la que muestra mayor crecimiento entre 1984 y 1997: 754%, al pasar de 211 miembros originales a 1,803 actuales.⁵

Por otra parte, dentro del proyecto general "México: actualidad y perspectivas", dirigido en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades de la UNAM por Pablo González Casanova, se incluyó un análisis colectivo del *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México* (Paoli, 1990), que incluye 14 trabajos sobre el desarrollo de las ciencias sociales, la formación profesional de científicos políticos y administradores públicos, la antropología social, la ciencia política, la comunicación social, los estudios de población, la formación de economistas, la psicología, los estudios internacionales, la sociología, las tendencias de la institucionalización y la profesionalización de las ciencias sociales en México, el "apoyo" (del COMECOSO) a la investigación social, las fuentes de datos y bancos de información, y estadísticas sobre las carreras de ciencias sociales.

En cada uno de los textos persiste una gran riqueza analítica sobre los procesos de desarrollo de las respectivas disciplinas, tomando en consideración que "las investigaciones sobre la realidad mexicana hechas por científicos sociales de nuestro país sólo empiezan a aparecer consistentemente en la década de los cincuenta" (Paoli, 1990: 61). Como apreciación general de la obra, el coordinador señala que

El conjunto de trabajos presentados en este libro permite una evaluación de las ciencias sociales en nuestro país, desde su fundación hasta la década de los ochenta. Se destaca claramente su génesis, sus vínculos originales con las humanidades y su desprendimiento de ellas. El proceso de institucionalización de estas disciplinas y su impacto en la sociedad civil y en el Estado es otro aspecto que se presenta (Paoli, 1990: 79).

Para los propósitos del presente trabajo, el artículo de Giovanna Valenti, investigadora de la UAM-Xochimilco, es el que presenta un mayor interés

5. Los datos del SNI en 1997 indican que en ciencias sociales y humanidades existen 306 candidatos, 1,063 investigadores de nivel I, 259 de nivel II y 155 de nivel III.

por su análisis de las "Tendencias de la institucionalización y la profesionalización de las ciencias sociales en México".

El punto de partida es que, en este desarrollo, la institucionalización sentó las bases necesarias para que adquirieran el estatus de profesiones y, a su vez, el proceso de profesionalización fue determinante en su desarrollo institucional. En el análisis se acentúan dos aspectos: a) el crecimiento y la consolidación de las instituciones dedicadas a la investigación; b) la expansión y diversificación de los programas de formación, tanto a nivel de licenciatura como de posgrado. El énfasis en ambos tiene conexión con el reconocimiento social y estatal de estas disciplinas como campos de conocimiento científico y de formación de profesionistas (Valenti, 1990: 431-432).

Aunque Valenti sólo incluye en su análisis la antropología social, la sociología, la ciencia política y la administración pública como disciplinas de las ciencias sociales, su reconstrucción de los antecedentes y de la institucionalización y la profesionalización en tres periodos (1930-1950, 1950-1970 y 1970-1985) proporciona una excelente síntesis del contexto sociopolítico de los procesos analizados, en general válido también para otras disciplinas.⁶

Durante la década de los setenta las ciencias sociales son objeto de un importante desarrollo institucional. Este impulso se observa de manera muy clara en la apertura de carreras de licenciatura y de posgrados; en la creación de centros de investigación especializados; en el desarrollo de la investigación sobre temas agrarios, laborales, educativos, etc., la profundización de la problemática relativa al Estado y al sistema político, y la incorporación de nuevos temas relacionados con la mujer y el problema urbano; y, finalmente, en la proliferación de revistas especializadas (Valenti, 1990: 437-438).

6. En 1995 se concluyeron, en la Universidad de Guadalajara y el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) Occidente, tres tesis de doctorado que investigaron procesos de institucionalización de áreas de las ciencias sociales en México: la de Sonia Reynaga sobre la sociología, la de Luis Vázquez sobre la arqueología y la de Raúl Fuentes sobre la comunicación.

Valenti presta mucha atención analítica al desarrollo de los posgrados, que se incrementaron en la última década en mayor proporción que las licenciaturas, y relaciona sus dificultades de consolidación con la crisis económica. Por último, en sus “breves consideraciones finales”, sintetiza:

El balance de los últimos años en el desarrollo de las ciencias sociales tiene muchos aspectos positivos entre los cuales destacamos: 1) la consolidación de una infraestructura básica para el quehacer de las ciencias sociales a través de las carreras universitarias, los posgrados, los centros de investigación creados y las investigaciones realizadas. 2) las ciencias sociales adquirieron un estatus y lugar propios en los diversos ámbitos nacionales, en particular en el académico y en el sector público. 3) la importancia creciente que ha adquirido, en este periodo, la profesionalización de la formación avanzada, en vinculación con las labores académicas. Las ciencias sociales han participado también en este proceso.

No obstante que los quince años considerados en este trabajo muestran con claridad que ha habido un avance importante de las ciencias sociales en diversos aspectos, no podrían dejar de mencionarse dos problemas que, a nuestro juicio, son los más urgentes de enfrentar. Uno de ellos se refiere a la calidad de la enseñanza y de la investigación [...] El otro elemento a resolver es el hecho de que las ciencias sociales, dado su particular surgimiento y crecimiento al amparo del subsidio federal, tienen una total dependencia del aparato estatal [...] La inercia señalada junto con las pocas perspectivas que se vislumbran de solución de la crisis a mediano plazo podrían llevar a algunas instituciones en ciencias sociales a un grado importante de fragilidad. Sobre todo porque un buen número de ellas no reúnen las condiciones mínimas para competir por otro tipo de apoyos (Valenti, 1990: 461-463).

En este mismo sentido, diagnósticos más recientes muestran que, en la última década, hay evidencias de una agudización de algunos de los problemas detectados desde tiempo atrás, y

Además, sobre la investigación en ciencias sociales y humanidades que se practica en México, se ha expresado una serie de opiniones relacionadas con la supuesta o real emergencia de nuevas problemáticas. Se habla, por ejemplo, de la reducción de la demanda social por el estudio

de algunas disciplinas sociales y humanísticas, hecho que se evidenciaría en la caída de la matrícula y la consecuente pérdida de potenciales investigadores; de niveles deficientes en la formación de aptitudes para la investigación; de un mercado laboral académico fuertemente restringido; de la deficiente reproducción generacional; de los problemas salariales, etc. A estas circunstancias se ha venido a agregar el hecho de que la investigación en ciencias sociales y humanidades, al igual que el resto de las áreas del conocimiento, ha tenido que ajustar sus prácticas a las nuevas modalidades de la política científica y académica que, desde mediados de los ochenta, se instrumentaron en México; sobre todo, a aquellas relacionadas con la evaluación de la actividad (Béjar y Hernández, 1995: 1).

El estudio realizado por Béjar y Hernández (1995) contrasta de forma explícita sus resultados empíricos con los de Benítez (1987), y sirve en parte para responder al señalamiento hecho en la I Reunión Nacional de Diagnóstico sobre el Estado Actual y Perspectivas de las Ciencias Sociales en México, realizada en Cocoyoc en marzo de 1993, en el sentido de que “en México no existe investigación sobre el estado que guardan las ciencias sociales. Ésta se hace esporádicamente y en función de órganos de decisiones de política educativa y científica, y siempre bajo los criterios de esos órganos” (Consejo Mexicano de Ciencias Sociales, COMECOSO, 1993: 4). Desde la perspectiva de esta revisión, tal opinión, recogida en la relatoría general de la reunión citada, no parece ajustarse a la realidad. Lo que sí queda claro es la atención que ha venido prestándose, en los años noventa, a la articulación de la investigación con los posgrados, pues

No obstante los propósitos que declaran las instituciones de educación superior, en los niveles de licenciatura y maestría no se generan habilidades para la investigación; la maestría sólo parece reforzar el énfasis informativo de la licenciatura. Los egresados de estos niveles no alcanzan a dominar una orientación profesional hacia la investigación, y tampoco adquieren un perfil definido que satisfaga las necesidades del mercado de trabajo extra-académico (Béjar y Hernández, 1995: 12).

Aspectos como éste, y los demás puntos de evaluación y de debate actual en las ciencias sociales en México, incluida la publicación más reciente en

ese sentido, *Las ciencias sociales en México. Análisis y perspectivas*, coordinada por Manuel Perló (1994), requieren de un tratamiento detallado y puntual que rebasa las posibilidades de este trabajo. Sin embargo, en resumen puede afirmarse que la modernización universitaria en México ha puesto en crisis las bases mismas sobre las que se había asentado el desarrollo de las actividades de docencia e investigación. Teresa Pacheco ha señalado que

[...] por su origen y trayectoria históricos, la investigación institucionalizada en México adquiere una estructura semejante a la de cualquier profesión moderna, aun cuando en principio su propósito en relación con el avance del conocimiento es de otra naturaleza (Pacheco, 1994: 91).

De ella surgen equívocos históricos sobre la formación profesional y la formación de investigadores. Esta situación resulta especialmente relevante en el campo de las ciencias sociales, sobre todo porque en los años ochenta se constituyó en el área de estudios universitarios con mayor población en el país:

En la década de los ochenta se modificó sustancialmente la composición de la matrícula por áreas del conocimiento. Las ciencias sociales y las humanidades, de representar en 1980 40% de la matrícula total de la educación superior, en 1991 pasó [*sic*] al 51.6% [... Pero] el crecimiento del número de alumnos matriculados en ciencias sociales y humanidades no es homogéneo. Al interior de estas disciplinas existen diferencias notables que no se aprecian en las cifras promedio. El peso preponderante de las ciencias jurídicas, cuyo perfil profesional no está orientado a la formación de investigadores, sesga el comportamiento de las ciencias sociales [...] En los últimos años hemos visto en México un empobrecimiento real en la formación de potenciales investigadores sociales y humanistas (Béjar y Hernández, 1995: 5-6).

La planta de investigadores en ciencias sociales ha sufrido, entre otras, una tendencia hacia el envejecimiento, y otra hacia la feminización en los últimos años, según Béjar y Hernández, para quienes "pueden ser síntomas ambas de que la carrera de investigación ha perdido fuerza de atracción, especialmente en algunas disciplinas y regiones en donde la investigación

en esta área ha sido relevante, como es el caso del Distrito Federal” (1995: 14). Sin embargo, este diagnóstico coincide con otros recientemente publicados como el de Perló y Valenti (1994) en cuanto a que en las ciencias sociales mexicanas,

[...] dentro del conjunto de las disciplinas consideradas existe un nivel de desarrollo sumamente heterogéneo, por lo que no resulta válido emitir juicios globales sobre el estado de la investigación en ciencias sociales y humanidades y, en cambio, se hace indispensable analizar el desenvolvimiento particular en cada uno de los campos disciplinarios. Hemos podido identificar algunos de los factores que influyen en este desarrollo desigual, entre los cuales podemos mencionar: calidad y nivel de formación académica de los investigadores, presencia de liderazgo intelectual, tradición y experiencia en trabajo de equipo, condiciones de estabilidad institucional, disponibilidad de recursos económicos y materiales para la investigación y capacidad y experiencia para aprovechar las oportunidades y recursos que ofrecen las políticas de apoyo a la investigación (Perló y Valenti, 1994: 16).

El método de investigación empleado por Perló y Valenti para “identificar algunas de las principales tendencias en el desarrollo reciente de las ciencias sociales” distingue grados de desarrollo de las disciplinas según criterios cuantitativos (número de investigadores, publicaciones, temas estudiados, mecanismos de difusión y oferta educativa a nivel de licenciatura y posgrado) y cualitativos (avance teórico-metodológico, pertinencia de los temas tratados, nivel de originalidad y reconocimiento internacional, utilización y manejo de viejas y nuevas teorías) (Perló y Valenti, 1994: 59). El resultado del diagnóstico así elaborado es el siguiente:

- Disciplinas que han alcanzado un desarrollo cuantitativo y cualitativo simultáneo: demografía y antropología.
- Disciplinas que han alcanzado un desarrollo cualitativo y cuantitativo con algunas limitaciones: economía.
- Disciplinas que han alcanzado un fuerte desarrollo cuantitativo y débil desarrollo cualitativo: psicología e historia.
- Disciplinas que han alcanzado un desarrollo cualitativo en algunas áreas especializadas pero rezago cuantitativo de conjunto: sociología.

- Disciplinas que muestran síntomas de estancamiento general: ciencia política, ciencia jurídica y administración pública (Perló y Valenti, 1994: 59-62).

En el caso de la investigación de Perló y Valenti, sólo se eligieron campos disciplinarios consolidados (1994: 22), a los que se aplicaron indicadores cuantitativos y cualitativos de desarrollo, y las tres dimensiones del contexto actual de las ciencias sociales, que les exigen “calidad científica competitiva, pertinencia pública y creatividad multi e interdisciplinaria” (Perló y Valenti, 1994: 19) en función de la modernización. La evaluación representa un aspecto primordial en estas políticas, pero a pesar del impulso oficial, no se ha desarrollado en el caso de las licenciaturas de ciencias sociales y humanidades, según el COMECOSO, que en ese sentido ha propuesto la organización de un Consejo Nacional de Evaluación de las Ciencias Sociales y las Humanidades, con el siguiente objetivo general:

Integrar un espacio nacional de evaluación y desarrollo de las licenciaturas en ciencias sociales y humanidades, que basado en la organización de comités interinstitucionales de pares en cada una de las áreas disciplinarias, de alto nivel académico e integrados por docentes e investigadores, apoye a las escuelas y facultades que trabajan actualmente programas de reforma y promoción curricular de las licenciaturas, e incentive su organización en aquellas que no los han aplicado (COMECOSO, 1997: 5).

Este consejo quedaría integrado por tres programas específicos referidos a la formación y actualización de profesores, a la acreditación curricular de los programas de licenciatura, y a la certificación del nivel de formación de los egresados; y cubriría en principio 15 licenciaturas: administración pública, antropología social y etnología, ciencias de la comunicación, ciencias de la educación, ciencias políticas, derecho, economía, estudios literarios, filosofía, historia, lingüística, psicología social, relaciones internacionales, sociología y trabajo social (COMECOSO, 1997: 8).

Un autodiagnóstico disciplinario como el propuesto presenta las dificultades inherentes a todo proceso de evaluación institucional en las universidades mexicanas, pero podrá, eventualmente, aportar información útil para reconocer, en su base, los factores internos que determinan

las condiciones del desarrollo de las ciencias sociales y las humanidades en el país.

Hasta ahora, aunque la modernización universitaria mexicana ha encontrado mayores obstáculos en las inercias institucionales que en la discusión de sus premisas, distinguidos investigadores han planteado desde hace tiempo consideraciones críticas de nivel general (Muñoz Izquierdo, 1993: 43-51) y han discutido sobre todo los criterios de evaluación impuestos a la investigación (Ibarrola, 1994; Peña, 1994) y las políticas gubernamentales hacia las ciencias sociales (Krotz, 1994; Kent, 1994).⁷ Perspectivas analíticas acerca de los impactos del Tratado de Libre Comercio sobre la educación están incluidas, por ejemplo, en un libro compilado por Gilberto Guevara Niebla y Néstor García Canclini (1992). Ahí, entre otros, Jorge Delvalle resume en un triple desafío para las universidades nacionales la necesidad de poner en marcha reformas universitarias:

Responder a las exigencias derivadas de la globalización económica y la revolución científico-tecnológica [...] proceder a la rearticulación de los intercambios universitarios México-EUA-Canadá, en donde la situación nacional muestra desventajas [...] y finalmente, superar las limitaciones vigentes en el país, en donde coexisten viejas necesidades insatisfechas (carencias de acervo científico e intelectual y de suficientes masas críticas de talento nacional) y problemas de inercias vegetativas en las universidades y en el sistema universitario nacional (que no siempre han podido ofrecer respuestas oportunas y suficientes a los reclamos de cambios) (Delvalle, 1992: 124-125).

Pero después de 1992, cuando se discutía el Tratado de Libre Comercio (TLC) que entrara en vigencia el 1 de enero de 1994, se han sucedido en el país eventos estructurales críticos como la guerra en Chiapas, el asesinato del candidato presidencial del Partido Revolucionario Institucional (PRI), la renovación sexenal del gobierno federal y la crisis financiera de diciembre de 1994. Se han sucedido también cuatro secretarios de Educación Pública: Ernesto Zedillo, José Ángel Pescador, Fausto Alzati y Miguel Limón Rojas. Sin embargo, hasta la fecha, la política general de moder-

7. A fines de 1997, el CONACYT convocó a una evaluación del Sistema Nacional de Investigadores, cuyos resultados aún se desconocen.

nización del sistema de educación superior, y por ende de la investigación científica, no se ha modificado.

En este contexto, la revisión de los análisis de la institucionalización de la investigación en ciencias sociales no puede concluirse sin cuestionar el sentido de su práctica en una dimensión sociocultural amplia y muy concretamente situada. A ello contribuye lo que Pablo González Casanova considera en forma reflexiva como “Los desafíos de las ciencias sociales hoy”.

El primer desafío consiste en pensar, en preguntarse qué es la ciencia o qué son las ciencias a finales del siglo XX. Y en qué consiste ser riguroso, tener oficio [...] El desafío en esta nueva etapa de modernización consiste en plantearnos en la intimidad si hemos actualizado los conceptos que tenemos de nuestra ciencia y de las ciencias [...] Otro desafío consiste en preguntarnos si la división del trabajo intelectual y los esfuerzos interdisciplinarios se mantienen y subsisten [...] Actualmente se da una nueva división del trabajo intelectual. Aparecen matrices de problemas y disciplinas con varias incidencias permanentes que generan algo así como nuevas ciencias: ciencias de la producción, ciencias del medio ambiente, ciencias culturales, ciencias de la complejidad o de las organizaciones complejas, ciencias de las turbulencias en que se rompe el determinismo y se detiene el azar, ciencias y técnicas cognoscitivas en que disminuye la distancia entre el conocer y el hacer. Desentrañar las nuevas divisiones del trabajo intelectual es básico para la educación, para la investigación y para la difusión de la nueva cultura de punta (González Casanova, 1993: 11-14).

Esta visión, al mismo tiempo epistemológica y política, formula el debate sobre la crisis de las ciencias sociales en términos a la vez muy amplios y muy concretos:

Debemos reconocer que hay nuevos paradigmas del conocimiento social y cultural. Al mismo tiempo, en la realidad, hay nuevos paradigmas de la sociedad y el Estado: unos hegemónicos, otros emergentes [...] El reto que le plantea el paradigma dominante [neoliberal-conservador] al humanismo actual es ampliar la civilización, dominar sus técnicas matemáticas e históricas, cibernéticas y políticas con una

nueva síntesis de los "antiguos" y los "modernos", con un nuevo conocimiento de los clásicos y los autores del día, que aprehenda los problemas de la mayoría de la humanidad" (González Casanova, 1993: 16-17).

En síntesis, el desafío mayor consiste en resguardar el futuro mediante la educación:

Resulta fundamental [...] que trabajemos duramente en los escenarios del futuro nacional y de las universidades de la nación; en las universidades como organizaciones complejas, autónomas, con unidades descentralizadas, que dispongan de autonomía dentro de la autonomía, y que con la nueva organización esclarezcan los nuevos paradigmas epistemológicos y sociales, y recreen, en nuestro tiempo, la vieja obsesión de un humanismo que integre ciencias y humanidades. Y pienso también en una política inmediata de formación de grupos de alta calidad académica en la investigación, la docencia y la difusión de la cultura. A corto plazo y desde aquí, desde los centros universitarios, nuestro gran reto es que proliferen al máximo grupos de alta calidad que combinen los métodos clásicos y modernos de la investigación y la educación en las aulas y fuera de las aulas. Mejor educación para más; mejor investigación de más pequeños grupos de investigadores, voluntad de educar y voluntad de aprender. El que se deje derrotar en su vocación de estudio perderá en todos los campos, sea joven o viejo. Las ciencias sociales tienen que poner en un primer plano el problema y el proyecto de la educación (González Casanova, 1993: 22).

El discurso utópico, más allá de los diferentes marcos conceptuales que le presten terminología y énfasis, ha representado una constante de las ciencias sociales y las humanidades latinoamericanas. Por ello, el párrafo con que termina el texto de González Casanova es un buen indicio del sentido histórico con el que propone "un gran movimiento para trabajar y luchar con el máximo rigor y entusiasmo en la constitución de unas ciencias sociales capaces de entender y orientar las acciones del hombre con fe pero sin dogmas" (González Casanova, 1993: 23).

La producción de conocimiento en ciencias sociales y la perspectiva posdisciplinaria

La necesidad de discutir y acordar el impulso a una reestructuración de las ciencias sociales se ha extendido por todas partes desde hace al menos dos décadas (Giddens y Turner, 1991). Pero más que en el plano teórico o metodológico, la reestructuración se ha propuesto en términos de la organización institucional de las actividades y de las representaciones de los actores sobre las coordinadas y los objetivos de sus propias prácticas, pues va quedando claro que “las disciplinas y subdisciplinas se dividen de acuerdo con criterios epistemológicos, metodológicos, teóricos e ideológicos. A veces, las divisiones ideológicas pueden revelarse como irreductibles. Las de carácter teórico son susceptibles de superación. Las de naturaleza conceptual o metodológica pueden ser fácilmente conciliadas” (Dogan y Pahre, 1993: 69).

En buena medida, la Comisión Gulbenkian para la Reestructuración de las Ciencias Sociales, presidida por Immanuel Wallerstein, coincide en la perspectiva indicada, al formular como problema que “la superación de la actual estructura de la disciplina ¿no debe ser considerada como un dilema central de las ciencias sociales en el estado actual de su evolución?” (Wallerstein, 1996: 1-2). De hecho la totalidad del informe de la comisión, publicado como *Abrir las ciencias sociales*, se encuentra estructurado alrededor de una discusión histórica de los procesos de disciplinarización de las ciencias sociales desde el siglo XVIII hasta la actualidad, y del argumento de que ese patrón de desarrollo resulta insostenible:

Hemos tratado de indicar de qué modo la trayectoria histórica de la institucionalización de las ciencias sociales condujo a algunas grandes exclusiones de la realidad. La discusión sobre esas exclusiones significa que el nivel de consenso acerca de las disciplinas tradicionales ha disminuido [...] Lo que parece necesario no es tanto un intento de transformar las fronteras organizativas como una ampliación de la organización de la actividad intelectual sin atención a las actuales fronteras disciplinarias [...] En suma, no creemos que existan monopolios de la sabiduría ni zonas de conocimiento reservadas a las personas con determinado título universitario (Wallerstein, 1996: 102-103 y 105-106).

La Comisión Gulbenkian incluye a los estudios de la comunicación, las ciencias administrativas y las ciencias del comportamiento entre los campos interdisciplinarios que, después de la segunda guerra mundial, manifestaron un "cuestionamiento interno considerable en torno a la coherencia de las disciplinas y la legitimidad de las premisas intelectuales que cada una de ellas había utilizado para defender su derecho a una existencia separada" (Wallerstein, 1996: 52), y a los estudios culturales como uno de los principales impulsores de la reestructuración tanto de las disciplinas tradicionales (la economía, la sociología y la ciencia política) como de la integración de los supercampos de las ciencias naturales, las ciencias sociales y las humanidades (Wallerstein, 1996: 70-75) en un nuevo patrón emergente, que puede llamarse "posdisciplinarización", es decir, un movimiento hacia la superación de los límites entre especialidades cerradas y jerarquizadas, y el establecimiento de un campo de discursos y prácticas sociales cuya legitimidad académica y social depende más de la profundidad, extensión, pertinencia y solidez de las explicaciones que produzca que del prestigio institucional acumulado por un gremio encerrado en sí mismo (Fuentes, 1996). Al bosquejar esta reestructuración de las ciencias sociales, el informe centra su interés, autorreflexivo, en la *praxis*:

¿Cuáles son las implicaciones de los múltiples debates ocurridos desde 1945 dentro de las ciencias sociales para el tipo de ciencia social que debemos construir ahora?, e ¿implicaciones para qué, exactamente? Las implicaciones intelectuales de esos debates no son del todo consonantes con la estructura organizacional de las ciencias sociales que heredamos. Así, al tiempo que empezamos a resolver los debates intelectuales, debemos decidir qué hacer en el nivel organizacional. Es posible que lo primero sea más fácil que lo segundo (Wallerstein, 1996: 76).

Y, no obstante la dificultad, la tarea de *Abrir las ciencias sociales* en una escala mundial desde el espacio de los departamentos universitarios (Wallerstein, 1996: 105) resulta prioritaria e implica la discusión tanto como la acción:

Nosotros no nos encontramos en un momento en que la estructura disciplinaria existente se haya derrumbado. Nos encontramos en un momento en que ha sido cuestionada y están tratando de surgir estructuras rivales. Creemos que la tarea más urgente es que haya una

discusión completa de los problemas subyacentes (Wallerstein, 1996: 111).

Además, es preciso impulsar las relaciones interinstitucionales, los programas integrados de investigación interdepartamental, la adscripción simultánea de los profesores y de los estudiantes de posgrado a dos departamentos y otros mecanismos que fomenten la autorganización, la clarificación intelectual y “la eventual reestructuración completa de las ciencias sociales” (Wallerstein, 1996: 111-114).

En México pueden identificarse algunas tendencias interpretables como movimientos hacia esa reestructuración posdisciplinaria de las ciencias sociales que, con el tiempo, el apoyo y el consenso suficientes para fortalecerse y extenderse, lleguen a bosquejar una situación más promisoría que la actual. Uno de los signos del movimiento en tal sentido lo representa, precisamente, la proliferación de análisis y diagnósticos de las disciplinas dentro de las cuales se han generado proyectos y hasta programas completos de investigación que rompen sus fronteras tradicionales, tanto por el lado de los objetos como por el de los métodos, reforzando la especialización y la fragmentación y, al mismo tiempo, socavando la identidad profesional de las disciplinas. A su vez, la necesidad de responder a los desafíos de los entornos socioculturales de cambios tan veloces en el país y en el mundo, ha obligado a muchos investigadores sociales a establecer diálogos y debates transdisciplinarios y a incorporar visiones antes ajenas a su trabajo. También, sin duda, han contribuido a ello los mecanismos oficiales de evaluación y de reconocimiento que interpelan y afectan intereses prácticos e inmediatos que resultan comunes a todos los investigadores.

Pero el signo que pudiera ser más elocuente está en los programas de doctorado, a los que en los últimos años se han visto presionados a concurrir tanto los investigadores con experiencia, pero sin grado, como los aspirantes, más jóvenes, a iniciar una carrera en la investigación. Seis de los aproximadamente 30 programas de doctorado incluidos en el Padrón de Excelencia de CONACyT en el área, se denominan “en ciencias sociales” y no ya en alguna de las disciplinas. Aunque todos ellos proponen especializaciones dentro del título general, la mayoría de éstas se encuentra formulada en términos de objetos de estudio o de campos de investigación multidisciplinarios o transdisciplinarios.

Si la formación de investigadores en el nivel académico más alto del sistema educativo reconoce en la práctica que especialización y disciplinización no son sinónimos, sino que la segunda es una forma propia del siglo XIX para controlar a la primera, y que la puerta para la restructuración posdisciplinaria de las ciencias sociales en una forma adecuada al siglo XXI está abierta: no se trata de disolver la formación de investigadores, ni convertir la práctica científica en generalidades, sino de articular en ella la experiencia y los recursos de diversas ramas y enfoques en una síntesis que, en la proliferación de los objetos de estudio abordados, confluya en tanto lógica científica para la producción de conocimiento pertinente y consistente, y responda a las necesidades sociales, más allá de las gremiales, que en todo caso se sumarían en una identidad mayor para así fortalecerse.

Finalmente, la posdisciplinización así entendida no supone una arbitraria y radical abolición de la estructura disciplinaria en lo institucional, y menos en lo cognoscitivo, o en cuanto al proceso de formación. Es, precisamente, a través de la conquista del rigor teórico-metodológico, y de la ampliación y consolidación del dominio de los saberes, ahora fragmentados en las disciplinas, que los investigadores en ciencias sociales podremos avanzar, desde nuestro espacio universitario, con nuestro tiempo sociocultural.

Bibliografía

- Béjar, Raúl y Héctor Hernández (1995). "Investigación y docencia en ciencias sociales y humanidades: diagnóstico y perspectivas. Algunos resultados preliminares", en *Ponencia en la VIII Asamblea Nacional del Consejo Mexicano de Ciencias Sociales A.C.*, Chapala, Jalisco.
- Benítez Zenteno, Raúl (1987). *Las ciencias sociales en México*, COMECOSO/CONACyT, México.
- Benítez Zenteno, Raúl y Gilberto Silva Ruiz (comps.) (1984). *El desarrollo de las ciencias sociales y los estudios de posgrado en México*, COMECOSO/UAM-Xochimilco, México.
- Berger, Peter y Thomas Luckmann (1968). *La construcción social de la realidad* (1967), Amorrortu, Buenos Aires.
- Bourdieu, Pierre (1988). *Homo academicus* (1984), Stanford University Press, California.
- Brunner, José Joaquín (1987). *Universidad y sociedad en América Latina* (Ensayos, 19), UAM-Azcapotzalco/SEP, México.

- Cañedo, Luis (1976). "Homo *scientificus* en Kafkatlán", en Cañedo, Luis y Luis Estrada (comps.), *La ciencia en México*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Cañedo, Luis y Luis Estrada (comps.) (1976). *La ciencia en México*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Casillas, Miguel Ángel y Adrián de Garay (1992). "El contexto de la constitución del cuerpo académico en la educación superior 1960-1990", en Gil Antón, Manuel *et al.*, *Académicos, un botón de muestra*, UAM-Azcapotzalco, México.
- Chavero González, Adrián *et al.* (1992). *México: ciencia y tecnología*, IIE-IPN/IIS-UNAM, México.
- Clark, Burton R. (1992). *El sistema de educación superior. Una visión comparativa de la organización académica (1983)*, Nueva Imagen/Universidad Futura/UAM-Azcapotzalco, México.
- Consejo Mexicano de Ciencias Sociales (COMECOSO) (1993). "Relatoría general de la I Reunión nacional de diagnóstico sobre el estado actual y perspectivas de las ciencias sociales en México", Consejo Mexicano de Ciencias Sociales A.C., Cocoyoc, Morelos.
- (1997). "Lineamientos para la organización del Consejo Nacional de Evaluación de las Ciencias Sociales y las Humanidades", documento de trabajo, Consejo Mexicano de Ciencias Sociales A.C., México.
- Delvalle, Jorge (1992). "Las universidades y el Tratado de Libre Comercio: algunas implicaciones", en Guevara Niebla, Gilberto y Néstor García Canclini (coords.), *La educación y la cultura ante el Tratado de Libre Comercio*, Fundación Nexos/Nueva Imagen, México.
- Dogan, Matei y Robert Pahre (1993). *Las nuevas ciencias sociales. La marginalidad creadora, (1991)*, Grijalbo, México.
- Fortes, Jacqueline y Larissa Lomnitz (1991). *La formación del científico en México. Adquiriendo una nueva identidad*, Siglo XXI/CESU-UNAM, México.
- Fuentes Navarro, Raúl (1996). "Hacia una investigación postdisciplinaria de la comunicación", en *Telos. Cuadernos de Comunicación, Tecnología y Sociedad*, núm.47, FUNDESCO, Madrid.
- Garay Sánchez, Adrián de (1992). *Los académicos del Departamento de Comunicación de la Universidad Iberoamericana*, tesis de maestría en comunicación, Universidad Iberoamericana, México.
- Giddens, Anthony y Jonathan Turner (eds.) (1991). *La teoría social hoy (1987)* (Los Noventa, 51), Alianza/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.

- Gil Antón, Manuel (1989). "La profesión académica en México", en Varios autores, *Las profesiones en México*, núm.1, UAM-Xochimilco, México.
- (1990). "El mercado académico en México", en *Umbral XXI*, núm.3, Universidad Iberoamericana, México.
- (1991). "La formación del cuerpo académico en México, 1960-1990", documento de trabajo, UAM-Azcapotzalco/CINVESTAV/IPN, México.
- Gil Antón, Manuel *et al.* (1992). *Académicos, un botón de muestra*, UAM-Azcapotzalco, México.
- Gil Antón, Manuel *et al.* (1994). *Los rasgos de la diversidad. Un estudio sobre los académicos mexicanos*, UAM-Azcapotzalco, México.
- González Casanova, Pablo (1993). "Los desafíos de las ciencias sociales hoy", en Pozas, Ricardo (coord.) *Las ciencias sociales en los años noventa* (Pensamiento Social), IIS-UNAM/IFAL, México.
- Grediaga, Rocío (coord.) (1990). *El mercado académico de la universidad mexicana. Modificación de condiciones institucionales y académicas en el transcurso UAM*, UAM-Azcapotzalco, México.
- Guevara Niebla, Gilberto *et al.* (1992). *La catástrofe silenciosa*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Guevara Niebla, Gilberto y Néstor García Canclini (comps.) (1992). *La educación y la cultura ante el Tratado de Libre Comercio*, Fundación Nexos/Nueva Imagen, México.
- Ibarrola, María de (1994). "Evaluación de la investigación en ciencias sociales, las preguntas clave", en Perló, Manuel (coord.), *Las ciencias sociales en México. Análisis y perspectivas*, IIS-UNAM/COMECOSO/UAM-Azcapotzalco, México.
- Kent, Rollin (1991). "Expansión y diferenciación del sistema de educación superior en México: 1960 a 1990", documento de trabajo, UAM-Azcapotzalco/CINVESTAV/IPN, México.
- (1994). "Políticas gubernamentales hacia las ciencias sociales", en Perló, Manuel (coord.), *Las ciencias sociales en México. Análisis y perspectivas*, IIS-UNAM/COMECOSO/UAM-Azcapotzalco, México.
- Krotz, Esteban (1994). "¿Los prescindibles? Ensayo sobre las tensiones entre los científicos sociales y sus campos de actividades", en Perló, Manuel (coord.), *Las ciencias sociales en México. Análisis y perspectivas*, IIS-UNAM/COMECOSO/UAM-Azcapotzalco, México.
- Lemaine, Gerard *et al.* (eds.) (1976). *Perspectives on the emergence of scientific disciplines*, Mouton/Aldine, La Haya/París/Chicago.

- Lomnitz, Larissa (1976). "La antropología de la investigación científica en la UNAM", en Cañedo, Luis y Luis Estrada (comps.), *La ciencia en México*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Meyer, Lorenzo *et al.* (1979). *Ciencias sociales en México. Desarrollo y perspectiva*, El Colegio de México, México.
- Muñoz Izquierdo, Carlos (1993). "Acerca del cambio en la educación superior", en *Umbral XXI*, núm.12, Universidad Iberoamericana, México.
- Pacheco Méndez, Teresa (1987). "La institucionalización de la investigación científica", en *Ciencia y Desarrollo*, año XIII, núm.77, CONACyT, México.
- (1988). "El discurso como instrumento de la política científica en México", en *Ciencia y Desarrollo*, año XIV, núm.82, CONACyT, México.
- (1990). "Algunos elementos conceptuales para el estudio del campo científico en México", en Varios autores, *Universidad, investigación y desarrollo científico, tres líneas de análisis* (Cuadernos del CESU, 18), CESU-UNAM México.
- (1994). *La organización de la actividad científica en la UNAM. Un análisis sociocultural* (Problemas Educativos de México), CESU-UNAM/Miguel Ángel Porrúa, México.
- Paoli Bolio, Francisco José (1990). "Desarrollo de las ciencias sociales (visión introductoria)", en Paoli, Francisco José (coord.), *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México*, CIIH-UNAM/Miguel Ángel Porrúa, México.
- (coord.) (1990). *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México*, CIIH-UNAM/Miguel Ángel Porrúa, México.
- Peña, Guillermo de la (1994). "Algunas dificultades en la evaluación de los científicos sociales", en Perló, Manuel (coord.), *Las ciencias sociales en México. Análisis y perspectivas*, IIS-UNAM/COMECESO/UAM-Azacapotzalco, México.
- Pérez Franco, Lilia (1992). "Una propuesta de aproximación al estudio de los académicos desde un enfoque sociológico y en una perspectiva comparativa", en Gil Antón, Manuel *et al.*, *Académicos, un botón de muestra*, UAM-Azacapotzalco, México.
- Pérez Franco, Lilia *et al.* (1991). "Los académicos de las universidades mexicanas. Contexto, discusión conceptual y dimensiones relevantes para la investigación", en *Sociológica*, núm.15, UAM-Azacapotzalco, México.

- Perló, Manuel (coord.) (1994). *Las ciencias sociales en México. Análisis y perspectivas*, IIS-UNAM/COMECOSO/UAM-Azacapotzalco, México.
- Perló, Manuel y Giovanna Valenti Nigrini (1994). "El desarrollo reciente de la investigación en ciencias sociales y humanidades en México", en Perló, Manuel (coord.), *Las ciencias sociales en México. Análisis y perspectivas*, IIS-UNAM/COMECOSO/UAM-Azacapotzalco, México.
- Pickering Andrew (1992). "From science as knowledge to science as practice", en Pickering, Andrew (ed.), *Science as practice and culture*, The University of Chicago Press, Chicago/Londres.
- Rodríguez-Sala, Ma. Luisa (1970). *Las instituciones de investigación científica en México. Inventario de su estado actual*, IIS-UNAM/Instituto Nacional de la Investigación Científica, México.
- (1974). "La imagen del científico a través del diferenciador semántico", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XXXVI, núm.4, IIS-UNAM, México.
- (1980). *El científico en México: la comunicación y difusión de la actividad científica en México*, IIS-UNAM, México.
- (1988). "Aspectos psicosociolingüísticos de la comunicación en la ciencia", en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm.131, UNAM/FCPys, México.
- (1990). *Científicos y actividad científica en la zona fronteriza del norte de México: algunos aspectos de su institucionalización* (Cuadernos de investigación, 20), IIS-UNAM, México.
- (1992). "Recursos humanos en investigación científico-tecnológica y docencia: su relación centro-periferia y su dinámica de recomposición nacional 1980-1991", en Chavero, Adrián *et al.*, *México: ciencia y tecnología*, IIE-IPN/IIS-UNAM, México.
- Rodríguez-Sala, Ma. Luisa y Adrián Chavero (1982). *El científico en México: su formación en el extranjero, su incorporación y adecuación al sistema ocupacional mexicano*, IIS-UNAM, México.
- Rodríguez-Sala, Ma. Luisa y Aurora Tovar (1982). *El científico como productor y comunicador: el caso de México*, IIS-UNAM, México.
- Valenti Nigrini, Giovanna (1990). "Tendencias de la institucionalización y la profesionalización de las ciencias sociales en México", en Paoli, Francisco José (coord.), *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México*, CIIH-UNAM/Miguel Ángel Porrúa, México, pp.431-470.
- Wallerstein, Immanuel (coord.) (1996). *Abrir las ciencias sociales*, Siglo XXI/CIIH-UNAM, México.